

Morituri te salutant, Danila Comastri Montanari

I

Roma, año 798 ab urbe condita
(año 45 d.C., verano)

Víspera de las calendas de junio

El senador Publio Aurelio Estacio se sentaba, un tanto rígido, junto a Tito Servilio, en la tribuna cubierta que se encontraba detrás del palco imperial.

El anfiteatro de Estatilio Tauro, en el Campo de Marte, estaba lleno a rebosar, y aun así la gente continuaba entrando desde los vomitoria, los anchos corredores de acceso destinados a la plebe. Los juegos de aquel día serían memorables: Claudio, gran apasionado de aquel espectáculo, no había reparado en gastos para ofrecer al pueblo romano lo mejor que hasta el momento se había visto en combates de gladiadores.

El anfiteatro estaba cubierto con grandes toldos que protegían al público del ardiente sol y, en el centro, un monte artificial reproducía fielmente un rincón de selva tropical de donde los campeones tendrían que hacer salir a las fieras. Alrededor, un amplio anillo de arena esperaba el paso triunfante de los ganadores y la sangre de los perdedores.

Tito Servilio, excitadísimo, le mostraba a su amigo los diferentes artificios de escena, deleitándose con el esperadísimo espectáculo. El senador, por su parte, contemplaba la arena con una mezcla de curiosidad y de disgusto: no le gustaban las masacres por muy coreográficas que fueran y ocupaba el asiento, casi siempre vacío, que tenía reservado en la tribuna únicamente porque le era imposible eludir sus obligaciones sociales.

La mirada de Aurelio vagó entre la multitud, con la intención de apartarse de la fascinación macabra que ejercía el escenario de muerte dispuesto en el anfiteatro, y se detuvo en el podio imperial, donde el maduro Claudio, ataviado con una riquísima túnica púrpura, estaba apostando sumas ingentes con los cortesanos más aduladores. A su lado, bajo un pabellón de brocado, con la espalda recta en un gesto altivo y majestuosamente perfecto, se sentaba la bellísima y mal afamada emperatriz Valeria Mesalina. Aurelio no lograba ver, entre las nuca rapadas de los funcionarios, más que su cascada de cabellos de ébano y un pequeño escorzo de aquel purísimo perfil de muñeca oriental.

—¡Ahí están, ahí están! —Servilio le tiraba de la manga, señalando la verja por la que entraban los gladiadores, entre las ovaciones de la muchedumbre.

Un primer grupo de combatientes, vestidos con piel de leopardo, pasaba en ese momento delante del palco de honor, seguido de los tracios armados con la parma, el pequeño escudo redondo destinado a interponerse —era su única defensa— entre ellos y la muerte. Entre el resplandor de las armaduras hicieron su aparición los mirmillones con sus escurridizos músculos bien untados de aceite.

Ante aquella provocativa exhibición de robustos brazos varoniles, las matronas lanzaron suspiros sofocados y sensuales, cargados de promesas para quien, saliendo indemne de las Parcas, se llevara la palma de la victoria.

—¡Ahí está Celidón, el campeón de la arena! —exclamó Servilio—. Allí, en medio de los reciaríos: ¡mira cómo los domina a todos con su estatura!

Publio Aurelio dedicó una mirada distraída a la masa de carne que sobresalía bajo la tribuna: Celidón, es decir, «golondrina»... Qué ridículo nombre para una máquina de matar como aquella... Un grito de la muchedumbre le estremeció. Habían entrado tres luchadores rubios e imponentes, con el cabello suelto cayendo sobre sus poderosas espaldas. El senador los miró mejor: los cuerpos atléticos, escasamente cubiertos por una pequeña túnica corta, tenían algo de extraño, un abultamiento insólito en las fajas musculares del tórax, como un vago esbozo sin gracia de seno femenino. No, no se estaba equivocando... ¡los vigorosos gladiadores britanos eran indudablemente mujeres!

La más alta de las atletas levantó en ese momento la cabeza delante del divino César, y de la estropajosa melena surgió un rostro todavía juvenil donde resaltaban dos ojitos redondos y crueles. «¡Hermosos ejemplares de armonía femenina!», pensó Aurelio con disgusto.

Finalmente, la muchedumbre se calló. La presentación había terminado y los gladiadores ya alzaban sus armas hacia la tribuna imperial.

De las gargantas secas salió un solo grito:

—Ave, César, morituri te salutant!

—¡Por lo menos espera a que combata Celidón! —le suplicaba Servilio.

—Escucha, Tito, yo me aburro. Desde hace horas me toca asistir a un único espectáculo, repetido hasta el infinito: la muerte. ¡Y además este olor a sangre me da náuseas! —exclamó Aurelio, haciendo amago de levantarse.

El amigo no supo cómo responder. En efecto, desde hacía un buen rato, el hedor había alcanzado ya las gradas más altas y ni los conos de incienso, ni los bastoncillos de ámbar que las señoras se pasaban por debajo de la nariz, conseguían depurar el aire.

—Aún faltan las britanas y después llega el campeón. Sería un insulto al César que te fueras ahora. ¡Tú sabes lo que ha gastado en estos juegos! —intentó convencerlo Servilio.

Resignado, Aurelio volvió a sentarse de mala gana y se decidió a mirar.

Morituri te salutant! ¿Pero quién les mandaba a esos locos hacer algo así? Muchos ni siquiera eran esclavos, sino profesionales que renovaban más de una vez el contrato con la arena para tener el privilegio de arriesgar cotidianamente su vida a cambio de una buena bolsa de dinero. Una profesión como otra cualquiera, de acuerdo, pero el senador no podía impedir sentir una fuerte simpatía por las fieras... Y no habían llegado ni siquiera a la mitad, observó desesperado, acogiendo con alivio el breve intervalo de la gustatio. Mientras los esclavos pasaban con los refrescos, Aurelio intentó consolarse con la visión de las matronas, que con sus ceñidas ropas le ofrecían un espectáculo más acorde con sus gustos.

—¡Aurelio, querido! —le saludó una famosa cortesana—. ¿Por qué ya no vienes a verme?

—Daré señales de vida, Cintia —mintió el patricio, que no consideraba que los servicios de la prostituta estuvieran a la altura de sus exorbitantes precios.

—Senador Estacio, me habían dicho que no entiendes de juegos —le recriminó un colega de la curia—. Pero me sorprende de verdad que un hombre de tu condición esté tan desprovisto de espíritu deportivo. Siempre con el pulgar hacia arriba... ¡quizá para ti habría que indultarlos a todos!

«Esto es demasiado», pensó Aurelio. ¡No era suficiente con estarse quietecito, oliendo la peste de la sangre, sino que encima tenía que mostrar entusiasmo!

—Eh, que vuelve a empezar: los cuernos están sonando —le avisó Servilio—. ¡Ahora viene lo bueno!

Las conversaciones se interrumpieron rápidamente con saludos apresurados. Por un instante, entre el revuelo de las togas, Aurelio captó la mirada, altiva y misteriosa, de la hermosa Mesalina. El patricio se inclinó con una breve sonrisa cómplice... «¡Estate tranquila, divina Augusta, no seré yo quien traicione tus secretos!», pensó con sarcasmo.

—Ah, conque conquistas de alta alcurnia. Cuando lo sepa Pomponia... —comentó Servilio.

Aurelio se sobresaltó: la mujer del buen caballero era la mala lengua mejor informada de la urbe, y bajo ninguna razón podía darle motivos para sospechar que algo había sucedido, aunque fuera de pasada, entre él y la Venus imperial carente de prejuicios, diana preferida de los cotilleos de las matronas. Procuró, por tanto, desviar rápidamente la atención de su amigo, haciendo que se dirigiera de nuevo hacia los juegos:

—¡Mira, han enfrentado a las amazonas de la Britania con los etíopes! —dijo, señalando los cuerpos negros de los africanos que contrastaban violentamente con la blancura de las nórdicas.

—Ya. ¡Muy espectacular! —apreció el caballero, mientras se iniciaba el combate.

De forma inesperada, una de las mujeronas fue sometida y su cuello fue cortado con un golpe seco. También la segunda acabó yaciendo en el polvo, alcanzada por un golpe de espada corta. Quedaba sólo la tercera, con dos adversarios todavía en pie, porque uno de los africanos ya había caído bajo su hierro. Sin dudar, la amazona se lanzó sobre el gladiador más débil, emprendiendo una lucha furiosa mientras el otro acudía en ayuda del compañero.

Fue un instante: hundiendo la espada en el tórax del adversario, la gigante la sacó con una rapidez fulminante y se giró como una furia hacia el etíope superviviente. El pobre africano, que ya había iniciado su carrera viendo que se le echaba encima aquella Erinia, no se quedó

esperando: arrojó la espada al suelo y emprendió la huida por toda la arena, seguido de la mujer vociferante.

—¡Arduina, Arduina! —el público aplaudía, y con el pulgar boca abajo reclamaba el castigo justo para el cobarde—. ¡lugula! —gritaba la muchedumbre—. ¡Degüéllalo!

La vencedora no esperó a que se lo repitiesen.

Mientras los esclavos libitinarii, ataviados como Caronte, se ocupaban de llevarse de allí los cadáveres y de revolver la arena para ocultar los restos de los caídos, un grito unánime señaló la entrada de Celidón.

El reciario entró triunfal, blandiendo el tridente, mientras el desgraciado destinado a enfrentarse a él esperaba con la cabeza gacha a que se cumpliera un destino ya establecido: el gran campeón era invencible; ninguno de sus adversarios había abandonado con vida el recinto de la arena.

La lucha comenzó desigual: poca resistencia podía oponer aquel desconocido al campeón de los juegos con su mísera espada corta. En un abrir y cerrar de ojos, el pobrecillo se encontraba atrapado en la red con el temible reciario dirigiéndose hacia él.

El vencido, con el rostro en el polvo, vio avanzar las sandalias manchadas de sangre y arena mientras las puntas amenazantes del tridente oscurecían por un instante su último sol.

Entonces cerró los ojos, resignado. Un estruendo ensordecedor marcó su fin.

Esperó, durante momentos interminables... No sucedió nada... Y él, casi a su pesar, se vio obligado a deducir que todavía estaba vivo... No, evidentemente las cosas no habían salido según lo esperado.

Volvió a abrir los ojos y alzó la cabeza, cautamente. A pocas pulgadas de su nariz, las sandalias del gladiador yacían inmóviles en el polvo, rígidas sobre el talón. Detrás de ellas, las piernas y el resto de Celidón estaba tendido boca arriba en la arena con el tridente en la mano. Muerto.

II

Calendas de junio

—¡Qué escena, Cástor, tendrías que haberlo visto! Claro, tú desde las gradas no te habrás dado cuenta...

—He podido observar de cerca todo lo sucedido, domine —el siervo carraspeó—. También se ve perfectamente desde la tribuna de los embajadores.

—¿La tribuna de los embajadores? ¿Quieres decir que tú estabas allí? —exclamó Aurelio, reprendiéndose a sí mismo por ser todavía capaz de sorprenderse ante las salidas de su astuto liberto.

—No demasiado lejos de tu asiento senatorial, patrón. He oído incluso a la cortesana que hablaba contigo.

—¿Eres acaso el plenipotenciario de un rey oriental, Cástor? Por lo que sé, esos sitios están reservados exclusivamente a altísimos personajes.

—Conozco a alguna gente, domine...

—Entonces, ¿qué piensas de Celidón?

—Ha combatido en exceso: por la arrogancia con que ha entrado, yo diría que le ha estallado el corazón debido al entusiasmo por un triunfo que daba por sentado... Pero mejor hablemos de la cortesana Cintia: no deberías desatenderla demasiado, presume de influencias importantes. En palacio se dice...

—¿Qué sabes tú de la corte imperial, Cástor? ¿Ahora te has convertido en íntimo de los consejeros?

—Tengo algún amigo —replicó el griego, vagamente.

—Entiendo —dijo el senador, renunciando a hacer indagaciones. Los recursos de su secretario alejandrino eran tantos que no se sorprendería si, cualquier día, lo encontraba tumbado en la litera al lado del César en persona.

—Tendrías que cuidar más tu imagen, domine —le reprochó Cástor—. Rechazas las invitaciones de los cortesanos más conocidos, te dejas ver por ahí con gente poco recomendable...

—Como cierto levantino que conozco, que ha estafado a media Roma —rebatía el patricio divertido.

—Lo digo en serio, patrón. En el Palatino...

—Allí arriba no saben ni siquiera que existo.

—Al contrario, sí que lo saben —afirmó el griego, entregándole un despacho—. Ha llegado una comunicación imperial que no promete nada bueno.

Aurelio dio vueltas al pliego entre sus manos. El sello era indudablemente el de Tiberio Claudio Druso Nerón, el divino César. Lo abrió y se apresuró a leerlo fuera del alcance del sagaz secretario.

—He dado orden de que se te prepare el baño, así podrás llegar a tiempo —le comunicó el liberto.

En efecto, se le convocaba para esa misma tarde, pero el sello estaba intacto; entonces, ¿cómo podía saberlo el astuto siervo?

—Sólo tengo que ver a Narciso —mintió Aurelio. Una cita con el poderoso liberto de Claudio, ministro en funciones, era más creíble. Por otra parte, Cástor no tenía forma de saber que la misiva llegaba del emperador en persona.

—Encontrarás a Claudio envejecido —prosiguió impertérrito el otro, como si no le hubiera oído—. Ya tiene casi sesenta años.

—¡Cástor, tú has leído el mensaje! —se indignó el patrón—. Pero, ¿cómo lo has hecho? ¡El lacre estaba intacto!

—He adquirido algunos conocimientos útiles en Alejandría, en mi primera juventud —se justificó el liberto, en absoluto arrepentido.

Aurelio prefirió no profundizar. Sabía muy bien qué tipo de habilidad había adquirido su fiel secretario en los años de su aprendizaje egipcio: una destreza increíble para embaucar, liar, timar a cualquiera, apoyada por la innata vocación de apropiarse de todo aquello que incautamente le pasaba por delante. Por otra parte, el astuto levantino había utilizado demasiadas veces sus aptitudes sirviendo a su patrón, como para que éste pudiera perderse en sutilezas a propósito de su honestidad...

—¡Si también sabes lo que tiene que decirme el César, puedo ahorrarme el viaje! —prorrumpió Aurelio.

—No, es mejor que vayas: correrías el riesgo de ofender al emperador —aconsejó el griego sin inmutarse—. Haré que te preparen la toga de gala, por si acaso te encuentras con Mesalina. Ella siente debilidad por ti; he visto cómo te miraba en el anfiteatro.

Sintiéndose sometido a una vigilancia especial, Aurelio se encaminó hacia los baños para iniciar las abluciones. Este Cástor, reflexionó, se estaba convirtiendo decididamente en un entrometido...

Unas horas más tarde, tras un cuidadoso registro, el senador fue conducido bajo escolta a lo largo de una serie de pasillos y, en aquel momento, estaba esperando delante de la puerta. ¿El César lo reconocería? Recordaba con precisión las interminables reuniones en la biblioteca de Asinio Polión, muchos años antes. La amable conversación, las lecciones de etrusco, las agudezas sarcásticas: él, Aurelio, un joven con buenas expectativas; Claudio, un hombre maduro, pero abandonado por todos. Desde la infancia, los tartamudeos y la malformación de la pierna le habían convertido en el hazmerreír de sus parientes: aquellos Claudios —bellos, arrogantes, seguros— le juzgaban fuera de lugar en la familia... un experimento fracasado, una broma de la naturaleza.

Le habían apodado Claudio el idiota; demasiado pagados de sí mismos como para valorar la sutil inteligencia, la sed de saber que le convertiría en un profundo estudioso de lingüística y de historia. Paradójicamente, los mismos defectos que le excluían como competidor peligroso en la escalada hacia el poder le habían salvado la vida: mientras sus ilustres familiares iban cayendo uno a uno bajo los golpes del veneno o del puñal, el pobre Claudio, a quien nadie tomaba en consideración, lograba sobrevivir en la sombra. Y, finalmente, consiguió convertirse en emperador.

No, dijo Aurelio, no hay que hacerse ilusiones: aquel con quien estaba a punto de reunirse no era su viejo compañero de lecturas, sino el divino emperador, amo del mundo.

El secretario hizo un gesto al senador y la puerta se abrió. Inclinado sobre la amplia mesa de mármol, Claudio intentaba examinar un montón de documentos. «Sí, sí que ha envejecido»,

pensó Aurelio observándolo con afecto, pero enseguida se puso firme con el brazo en alto efectuando el saludo de rigor:

—¡Ave, César!

El emperador levantó la mirada. Le había encanecido el cabello y los brazos musculosos — único elemento de fuerza en aquel cuerpo infeliz— estaban surcados por una trama de venas prominentes. Lentamente, el príncipe se levantó.

—¡Ave, senador Estacio! —dijo en un tono rígidamente formal. Después se movió hacia él con su paso vacilante de cojo. Aurelio esperó inmóvil, con el rostro serio.

—¡Senador Estacio! —le increpó el viejo con dureza—. Después de tantos años de fiestas, amores y aventuras, quizá te hayas olvidado del tiempo dedicado a discutir de filosofía con un pobre inválido ridiculizado por todos, allí, en la biblioteca de Polión. Tú, joven, guapo, sano, probablemente ni siquiera te acuerdes de esos días lejanos, cuando intentaba enseñarte etrusco. Hablábamos durante horas, y yo me preguntaba cómo es que un chico tan válido, rápido de manos y veloz en la lucha, no faltaba nunca a la cita con Claudio el idiota, con el mentecato a quien todos hacían burla, el infeliz que se tropezaba con las zancadillas que le ponían los jovencuelos y tartamudeaba piadoso entre las burlas. Tú, quizá, has podido olvidarte. Yo no.

Aurelio se esforzó por reprimir la oleada de emociones que amenazaba con ahogarlo.

—Ahora nadie se puede reír de mí —continuó Claudio— y cuando tropiezo acuden cien personas a sostenerme... mientras que tú, precisamente tú, me saludas con frialdad. ¡Y me llamas César!

La mano de Aurelio, rígida en el aire, comenzó a descender, mientras sus hombros se relajaban. Dio un paso adelante; el viejo le alcanzó cojeando y le abrió los brazos.

—¡Aurelio, amigo mío! Te he invitado tantas veces y nunca has venido...

—Eres César... —comenzó a justificarse Aurelio.

—¡Ah, tu maldito orgullo! ¡Por encima de todo, soy tu maestro de etrusco! —rió el príncipe, apoyándose en él—. Ven a sentarte, y cuéntame. Me he mantenido al tanto de tus asuntos, ¿sabes? Mujeres, aventuras, viajes, filosofía... ¡qué vida tan interesante! A mí, en cambio, me han confiado un oficio difícil que no me deja tiempo para divertirme.

—¡Claudio, el dios! —constató Aurelio, con temeroso afecto.

—¡Pero qué dios ni qué dios! La pierna más corta me sigue haciendo un daño tremendo: ¿crees que si fuera un dios no me lo quitaría? —bromeó el viejo.

—¡Y por eso te quitaste a todos de en medio y ahora eres el emperador! —rió el patricio complacido.

—No tuve que hacer absolutamente nada —rebatía Claudio—. Mis queridos familiares se mataron entre ellos. Di la verdad: el Imperio podría estar peor administrado... ¿pero crees que alguien me lo reconoce? No, los historiadores sólo esperan mi muerte, para cubrirme de fango, con la intención de congraciarse con mi sucesor. También ahora, en estos días, si supieras lo que siento... Todos se quejan: los nobles, porque les he privado de parte de su poder; el senado, porque no lo tengo en suficiente consideración; los caballeros, porque les obligo a pagar los impuestos; y hasta la plebe, desde que decidí conceder la ciudadanía a los provinciales, ¡como si Roma fuera sólo la urbe! Tengo que pensar en el mundo entero, no en estos cuatro gatos de quirites: ¿qué les importa a ellos Mauritania, Britania, Judea? ¡Se han quedado en los tiempos de Cincinato! —el príncipe continuó desahogándose, gesticulando—. Verás lo que dirán de mí: que era un pobre estúpido, que alcancé el trono por error, que me dejaba dominar por las mujeres, que me ahogaba en vino... ¿Quién recordará alguna vez los trabajos de saneamiento, los acueductos, los puertos, las leyes que he hecho promulgar?

—La Historia —respondió Aurelio sin titubear.

—¡La Historia! ¡Sigues siendo el soñador de siempre! ¿Piensas, acaso, que dentro de un par de milenios los estudiantes aún sabrán que existieron el Derecho Romano y los discursos de Cicerón?

—¿Por qué no? Todo es posible —objetó Aurelio.

—¡Qué va! —replicó el anciano emperador—. De Roma, de su lengua y de su civilización se perderán todos los vestigios. Mira lo que pasa con el etrusco; somos poquísimos los que lo conocemos hoy... Pero hablemos del presente, de ahora: el futuro se asienta sobre las rodillas de los dioses.

El viejo se sirvió una abundante copa de vino. Todos sabían que el emperador bebía mucho, demasiado.

—Había organizado unos juegos espectaculares —Claudio retomó la palabra—, que me garantizarían un gran éxito. Es de capital importancia, para mí, mantener el apoyo de la plebe... ¡Sin embargo, el imbécil de Celidón se ha dejado matar y ha sido una debacle!

—En el fondo sólo era un gladiador... —dijo Aurelio, quitándole importancia.

—¿Sólo un gladiador, dices? ¿Pero no sabes que cada uno de los campeones de la arena tiene más importancia que los tribunos y los senadores? —dijo el príncipe, dedicando una mirada significativa a la luneta de los zapatos de Aurelio, que junto al laticlavio indicaba su rango curial.

—Ya: panem et circenses —suspiró Aurelio.

—Exacto. Y ahora todos esperan que yo castigue al culpable de la muerte de su ídolo de modo ejemplar. ¡Porque, claramente, a Celidón lo han asesinado, aunque nadie sepa cómo! Detrás de los juegos hay un montón de apuestas en circulación...

—Y aun así los reciamos son poco valorados —observó Aurelio.

—Celidón no —respondió el emperador—. ¡Ese gladiador valía por diez! Con su muerte, fortunas enteras han cambiado de mano; ¡yo mismo he ganado una buena suma!

Juego, vino y mujeres: éstos eran los vicios que los moralistas reprochaban al emperador, olvidando la sed de sangre de sus predecesores.

—¡En lo que me he convertido, Aurelio! ¡Tengo que solicitar el favor de las masas, como un demagogo sin escrúpulos! Hubo un tiempo en que defendía otros ideales bien distintos. ¿Te acuerdas? Me hubiera gustado restaurar la República...

—Cuando se ejerce un oficio como el tuyo, César, los ideales son un lujo que raramente uno puede permitirse —rebató el patricio.

—Te envidio, Aurelio: tú no necesitas a nadie, ni siquiera al César. Soy yo, en cambio, quien te necesita a ti —el tono de Claudio era sincero—. No hay vergüenza a la hora de pedir ayuda, ni siquiera siendo un dios viviente. ¿Acaso Júpiter no invocó el auxilio de los otros dioses para derrotar a los Titanes? —citó el emperador con gracia—. Pues eso, vayamos al grano: me han llegado noticias de que has resuelto brillantemente algunos misteriosos crímenes...

—Creía que eran asuntos totalmente privados —se sorprendió el patricio.

—Amigo mío, no me hagas reír. En Roma hasta las paredes oyen. Y además, ¿soy o no soy el emperador? Algún espía tendré por ahí, ¿no?

Aurelio sonrió. No dudaba de que el divino César tuviera conocimiento de no pocos secretos, quizá incluso más que su amiga Pomponia, la matrona más informada de la capital.

—¡Ha llegado el momento de que me pagues esas lecciones de etrusco, senador Estacio!

¡Encuentra a quien ha matado a Celidón, ponlo en conocimiento de la plebe y contribuirás a salvar el Imperio!

—Lo intentaré, Claudio. Sin embargo, lo haré con una condición.

—¿Cómo? —el anciano frunció el ceño afablemente—. ¿Quién eres tú para poner condiciones a Claudio, el dios?

—El senador Publio Aurelio Estacio, nacido libre, ciudadano romano —respondió el amigo sonriendo.

—Entonces, ¿cuál es tu condición?

—Llevar la investigación a mi manera, sin interferencias de nadie.

—Así sea: desde este momento eres mi procurador, y tu palabra es la mía. Vale, Aurelio!

—Vale, César! —Aurelio, disponiéndose a salir de la sala, se despidió.

—¡Y repasa los verbos etruscos! —oyó que le gritaba Claudio a sus espaldas—. ¡Siempre has sido un zoquete en gramática!